



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XIV Núm. 63	Dirección y Administración CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24	OCTUBRE 1925
--------------------	--	-----------------

DOS MILAGROS ANTE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN LOURDES

UN joven doctor en medicina, cuya juventud licenciosa había corrompido su corazón y olvidado los principios religiosos en que le educara su cristiana madre, convirtiéndose en un materialista incorregible, después de leer una obra de Zola sobre Lourdes, resolvió ir a visitar dicho Santuario con intención nada buena. Ya allí presenció indiferente las constantes manifestaciones de piedad de los peregrinos. Pero habiéndole llamado sobremanera la atención una niña de diez años que recostada en una camilla más parecía un cadáver que un ser vivo, tal era la demacración y palidez de su rostro, acercóse a ella para saber el

estado de su ánimo y si tenía esperanza de ser curada. A lo que ella, después de hablarle con entusiasmo de las maravillosas curaciones que había presenciado, sin demostrar la menor contrariedad por no haber tenido la dicha de haber conseguido también la salud, apesar de encontrarse en el último grado de tísica, terminó diciendo:

—¡Oh señor, que espectáculo tan bello el de esos milagros que acabamos de presenciar! ¿Cree usted también, señor, en esos milagros?

¡Ah! no, creer en eso es un absurdo, le replicó con fría impasibilidad.

La niña entonces le dirigió una mirada de asombro y conmiseración, mientras una lágrima brotaba de sus ojos.

— Bien, señor, le dice ella; pero si mañana me veis del todo

curada, ¿creeréis en los milagros, verdad?

El joven médico así lo prometió.

Al día siguiente se hallaba al lado de la enferma en el momento en que pasaba ante ella el Santísimo Sacramento en solemnísimá procesión.

De pronto la vió incorporarse y exclamar: ¡Gracias, mi Dios, ya estoy curada!

Y en efecto en un instante quedó del todo sana con asombro de los circunstantes, y dirigiéndose al médico incrédulo le preguntó alegremente.

—¿Creéis ahora en los milagros?

—Si creo, respondió.

—Pues sabed que para conseguir vuestra conversión pedí ayer a la Santísima Virgen que me curase.

Poco después aquel incrédulo materialista, sinceramente convertido, confesaba sus pecados, recibía la Sagrada Eucaristía y se hizo después entusiasta propagador de las maravillosas curaciones de Lourdes.

¡Oh bondad inmensa de Jesús Sacramentado, real, verdadera y substancialmente presente en la Hostia Consagrada!



La Consagración a María

QUE vas a hacer un favor, lector querido, y es que así como yo he puesto algún trabajo en escribirte estas líneas con la mejor atención que he podido, así tú, con la mejor atención que puedas, te tomes el trabajo de leerlas.

Deseo que te consagres a la Virgen María, que es tu Madre, como la mía y la de todos los hombres, y muy especialmente de los que, como probablemente tú y yo, somos pecadores.

Para que te consagres te voy a poner una fórmula, una oración, breve para que no te canse, sencilla para que no te enrede, sólida para que te haga provecho. Se la conoce, entre los devotos de la Virgen, con el nombre de *La oración eficaz*, por lo que luego te diré. Ahora escucha, o, si quieres ya, reza:



ORACIÓN EFICAZ

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Yo me entrego del todo a Vos, y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, oh Madre de piedad, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

Esta oración es conocida con el nombre de *eficaz*, porque es eficaz para tres cosas; para salir del pecado, para no condenarse y para ser castos. Tres razones, hermano mío, que nos deben animar a rezarla todos los días, como yo te recomiendo, dos veces cada día: una al levantarte, con un Ave María, y otra, con otra Ave María, al acostarte. Es muy corta, no te costará nada, y, después que la reces una semana, hasta te gustará tanto, que no podrás estar tranquilo si no la rezas.

1.º Es eficaz, porque libra del pecado.

Muchas veces sucede, y tal vez te suceda a tí, querido amigo (confiémelo en secreto...) que estás envuelto en muchos pecados; pero, aunque tienes la cara de tranquilo, estás deseando salir de ese estado bochornoso e indigno ¿no es verdad? Pero te sientes acobardado, vencido, acorralado, arrastrado por la tentación, por el hábito, por el compromiso ¿no así?... ¡Claro! Lo que te decía Jesucristo: «El que hace pecado es esclavo del pecado».

Pues bien; esta oracioncita, yo no sé si lo habrás advertido, es una consagración a la Virgen, por la cual te ofreces ser esclavo de ella. Y como la Virgen, Madre de Gracia, Inmaculada, toda santidad y pureza, es enemiga del pecado, al ver que un hombre quiere ser su esclavo, no deja nada por hacer hasta que ve a su esclavo redimido y libre de pecado.

El P. Zucchi, que compuso esta oración, convertía con ella a todos los pecadores que se le presentaban, con solo que tuviesen deseo de librarse de la esclavitud del pecado. Y aconsejaba a todos los que estuviesen enredados en algún vicio y desearan romper sus cadenas, que rezasen esta oracioncita al acostarse y al levantarse, prometiéndoles que se convertirían. Y en efecto; al cabo de algún tiempo, jóvenes enredados, mujeres comprometidas, varones encallecidos en el pecado, volvían a darle gracias, porque estaban libres del vicio y del pecado. Y lo que al P. Zucchi, les pasó a otros muchos que hacían lo que él.

2.º Es eficaz, porque libra de condenarse.

Ya lo veis por lo que antecede y lo vereis más en lo que sigue. ¡Y qué grande gracia es esta! ¡Oh pobres de nosotros! ¡qué triste es estar en este mundo con esta incertidumbre! si me compenaré..... si me salvaré!..... Si yo supiese de cierto que me iba a salvar..... Pues bien; esta oración es sumamente eficaz para que no nos condenemos. Rézala todos los días, y lo experimentarás, ¡dichoso de tí! Rézala cada día al acostarte, y no amanecerás condenado! Rézala cada día al levantarte, y no anochececerás en el infierno, no.

3.º Es eficaz, sobre todo, para no ser deshonestos.

Aunque no fuese más la gracia de esta oración, valdría una mina. Muchas veces venían al P. Zucchi jóvenes, maduros también (¡pobrecitos! estos, cuando son impuros, son los más desgraciados), los cuales deseaban, y deseaban de veras, conservarse castos, pero..... les arrastraba el vicio contraído y la pasión encendida. Y llorando le pedían algún remedio. Y el P. Zucchi les daba esta oración. Rezabanla, porque, al menos, es muy fácil, y se veían al cabo de poco tiempo, libres de su vicio vergonzoso.

¡Oh amigos míos, que no sois ángeles, no, sino que vivís en un cuerpo corruptible y sumamente inflamable y atravesáis por un suelo que exhala llamas de corrompido fuego de infierno y sensualidad!

¡Oh pobrecitos que sentís, como siente la humanidad entera este ardor de la concupiscencia, que

ciega, que envilece, que infecta, que consume y devora más almas que la tisis cuerpos! ¡Oh pobrecitos que sentis en vuestro cuerpo ese misterio de abyección, ese instinto de amar y ese peligro de mancharos amando, ese deseo angélico de ser honestos y castos y ese peso animal y bruto de la carne miserable! ¡Oh pobrecitos que deseais ser castos y no lo sois de hecho!

¿Por qué no sois castos? ¿Porque no podeis?

No. ¡Porque no quereis! Si quereis, seréis castos. Hay una medicina muy buena para ser honestos.

La medicina para ser castos y librarse la deshonestidad es la devoción verdadera a la Virgen María, Virgen de las vírgenes. Y entre otras devociones y oraciones, una de las más eficaces es esta preciosa oración, con el Avemaría, a la mañana y a la noche. Rezadla, y sereis castos. Rezadla, y si no lo sois, saldreis de ese vicio degradante.

Jóvenes que venís a este mundo donde el ambiente está lleno de ese cólera, de esa peste, esa tuberculosis de la deshonestidad.

Caballeros que, a pesar de serlo en la sociedad, vivis (lo sabeis) indignamente sumidos y sumidas en vergüenzas y delitos, de que os avergonzais, pasada la fiebre.

Viejos encanecidos en el fondo oscuro de este calabozo lóbrego, infecto y húmedo de la sensualidad, que antes de vuestra muerte quereis salir de él.

Cristianos que sabeis que la mayor parte de los que pecan, y los más de los que están en el infierno, están en él por la impureza y deshonestidad, temed caer en este pecado, y pedid su auxilio a la Virgen María con esta oración eficaz.

Y cuando os veais apurados de tentaciones, o rezad esta oración, o si no, esta otra más breve y compendio de la primera:

«¡Oh Señora mía! oh Madre mía, acordaos que soy vuestro! Guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra!»

Ella nos salve a todos del pecado y de la muerte eterna.

REMIGIO VILARIÑO, S. J.

HISTORIA DE LA SALVE

GNIRE las varias antífonas, tan dulces y devotas, con que alaba la Iglesia a la Reina de los Angeles, ninguna tan popular entre los fieles como la «Salve Regina»,

Después de la Salutación Angélica, no hay oración mariana que mas use el pueblo cristiano. To-

dos los católicos sienten su belleza, como por un instinto del cielo; pero la comprenden mucho más los que meditan su hermosa doctrina y su admirable artificio; y no poco ayuda también para mejor sentirla y entenderla, tener alguna noticia, siquiera sea sólo probable, de su historia. Oportuno será, pues, siempre vulgarizar lo que sobre este punto se sabe; y nunca tan oportuno como ahora, cuando



las escenas de desolación que frecuentemente presenciarnos nos trasladan fácilmente a los tiempos en que, según la más probable opinión, compuso la Salve el Prelado de Compostela, San Pedro de Mezonzo.

No sin gran fundamento se puede tener por cosa cierta que fué San Pedro de Mezonzo el autor de la Salve, pues así lo aseguró el escritor más antiguo que trató de este asunto, el célebre teólogo Durando, a quien nadie, que sepamos, contradijo hasta mucho tiempo después. Pero cuándo y en que circunstancias compuso esta oración el Santo, no nos lo dice ningún documento, aunque bien podemos conjeturar que sería en alguna de las tristes horas de su azarosa vida cuando acudió a buscar consuelo a los pies de la Reina de Misericordia. Acaso cuando, joven aún, vió a los normandos invadir las costas de su patria, dar muerte a su obispo Sisenando y convertir en valles de lágrimas los risueños valles de Galicia, llevando por todas partes la desolación y el exterminio; acaso cuando, ya obispo, vió las ruinas de su templo y la destrucción de casi toda España. El Cardenal Mercier, llorando sobre las ruinas de su Universidad de Lovaina, y el Cardenal Luçon, lamentando los estragos de la guerra en su Catedral de Reims (que es casi la Compostela de Francia), son dos figuras de actualidad que nos recuerdan no poco al autor de la Salve. Pero San Pedro de Mezonzo vió invadida su patria, no por ejércitos disciplinados, a quienes sólo impulsa al exterminio la necesidad de la guerra, sino por

hordas salvajes y sedientas de sangre cristiana. El célebre caudillo árabe Almanzor, después de conquistar a Barcelona y de arrasar a León, de la que sólo dejó en pie una torre para recuerdo, lanzó sus huestes contra Santiago de Galicia. Y vió entonces el Santo Obispo caer por tierra todos los muros y edificios de la ciudad, y vió profanado y convertido en ruinas el templo del Patrón de España. Sólo sus reliquias, por milagro del cielo, fueron respetadas. Hasta las campanas se llevaron a Córdoba los moros para que sirvieran de lámparas en su mezquita. Y lo que más desgarraría el corazón de San Pedro, es que aquella guerra era provocada por los cristianos mismos, por los mismos Condes de Galicia, traidores a su patria y rebeldes a su Rey y ansiosos de vengarse de su Obispo, porque había sustituido en la silla a un indigno pariente suyo. Tal era entonces la situación de España, casi toda en poder del moro; y en la parte cristiana presa de guerras civiles y desastrosas banderías. Y no era mucho mejor la situación de toda Europa, ardiendo en inacabables guerras de nación a nación y de castillo a castillo, devorada por la peste y hambre; y tal, por fin, que se creían llegados los tiempos apocalípticos y era común opinión que para el año mil se acabaría el mundo.

En medio de aquel diluvio de sangre, cuando la tierra parecía más que en otras ocasiones destierro y valle de lágrimas, debió de ser cuando San Pedro de Mezonzo levantó sus ojos al cielo y se desahogó con la que era su Vida, Dal •

zura y Esperanza en esa oración, llena de tierna melancolía, como el gemido de la tórtola, que canta sobre las ruínas y que termina con

un eco de las esperanzas, alegre como el canto de la alondra cuando se eleva a las alturas.

X.



¡Vaya si es problemal!

QUARA que sirvan de orientación a nuestros lectores, plácenos transcribir las siguientes palabras que insertó la prestigiosa revista «El Mensajero del Corazón de Jesús» en su número del mes de Septiembre próximo pasado:

Cuidado con Rockefeller

HEMOS leído en artículos, aun de católicos, alabar el donativo de la Institución Rockefeller para un Instituto Químico en Madrid. Y no hemos visto ninguna voz de alarma ante este donativo. Aquí del consejo Troyano: *Timeo Danaos et dona ferentes*, «Temo a los griegos aun cuando envían regalos». Yo también temo a los Norteamericanos y mucho más si son protestantes; cuando envían regalos. Porque los envían con doble fin ulterior, barnizado de cultura y generosidad. Primero, con el fin de introducir el protestantismo metodista; y segundo, con el fin de introducir la influencia política de Norteamérica. Esto es lo que están haciendo manifiestamente, sobre todo en América. Pueden verse los evidentes artículos del

P. Bayle en *Razón y Fe*, y los de la *Civiltà Cattolica*. Tan evidente es esto, que ni ellos mismos se recatan en decirlo. El misionerismo protestante es una farsa que sirve, por un lado para perseguir al catolicismo, y deshacerlo, si se puede; odio a Roma, al Papado, a la Iglesia Católica; y, por otro, para introducir la influencia política de Estados Unidos. Para nosotros, esto último es abominable; pero lo primero es cuestión de conciencia.

Pues bien, en particular las Instituciones Rockefeller son tenidas por los avisados como instituciones que en el fondo tienen, por fin, la propaganda protestante. Pero se bautizan de cultura, de higiene, de química, de física, para así poder más impudentemente cazar a incautos. Sigamos los pasos Rockefeller en Madrid, y lo veremos muy pronto. Desde luego, nos atrevemos a rogar a todos los católicos que no alaben semejante institución, mientras no vean que es buena, que no lo verán, según creemos.

Desde luego, ya hemos visto que las revistas protestantes y anticlericales alaban esta generosi-

dad de los Norteamericanos. Ellos lo alaban con razón, porque es muy conforme a sus ideas; pero que no nos vengan presentándolo

como argumento de generosidad desinteresada de parte de los protestantes.


¡VAYA SI ES PROBLEMA!



Dos cuadros

I

QON rabia, con verdadera rabia, tiró el rascador lejos de sí y se quedó mirando al lienzo, enteramente desesperado. Decididamente no acertaba con la expresión de la figura. ¡Cuidado que había aceptado el encargo de Su Ilustrísima lleno de entusiasmo!... Tiempo hacía que ardía en deseos de pintar un cuadro de asunto místico, y he aquí llegada la soñada ocasión. Dedicó, pues, a la obra toda su inspiración y todas sus fuerzas, prendado del asunto: María en su adolescencia. Documentóse, a tal fin, leyendo una vida de la Virgen, leyendo cuando acerca de Ella hubo a mano: eligió para modelo una doncellita de familia amiga, esquivando las vulgares del oficio; hasta efectuó un viaje a los Santos Lugares para coger el ambiente... Sin levantar mano emprendió la tarea... Estaba satisfecho de la técnica, satisfechísimo de la mancha transparente y jugosa, pero aquel dulce rostro de joven-cita, henchido de ternura, no era el de la Virgen... Latía en él la bondad suprema, la pureza más tierna, pero... no era una faz divina... Lo atacó mil veces,



lo borró otras mil, y... ¡no le resultaba!

—Pero ¿es que ya no sé pintar? —decíase.

—¡Oh, sí! —se contestaba a sus solas. —Todo lo demás del cuadro me ha salido de primera; está bien de dibujo y de color... Nunca me ha respondido tan dócilmente el pincel... ¡Pero esa cara!

II

SE encontró a su colega por casualidad. Habían seguido juntos la carrera en la Academia de San Fernando, dejándose de ver con frecuencia y distanciándose más y más según Briviesca ganaba terreno en la pendiente de la gloria, haciéndose el pintor de moda, cosechando laureles y dinero, mientras él, el pobre Rodrigo, obtenía apenas alguna mención honorífica en las Exposiciones, y hasta tenía que acudir a las copias de las muestras del Museo del Prado para comer.

—¡Hola, Briviesca, maestro ilustre!

—¡Hola, Rodrigo!

Apretones de manos, palabras afectuosas; conservaban buena amistad.

—¿Qué haces ahora, Briviesca?

—¡Un asuntazo!... La Virgen en la adolescencia...

—¿Y estás satisfecho?

—¡Satisfechísimo!... Me he documentado del natural, de los libros... ¡Chico!... Sin inmodestia, la cosa hará ruido. ¿Y tú?

—¡Pues yo también trabajo en algo místico! La Virgen yendo a sus desposorios... Un encargo de las monjas de mi pueblo... Por cierto, que... quisiera que lo vieras... y me dieras tu opinión... vallosa como tuya.

Briviesca aceptó la lisonja, pero aún le movió otro impulso irresistible: el deseo de comparar.

—¡Cuando quieras!... Ahora mismo, si te place... Hoy tengo la mañana libre.

Estaban cerca del estudio. En cinco minutos se plantaron en él. Un gran camaranchón del pintor pobre, sin muebles artísticos, sin lujos ornamentales, sin «pose». En un testero, el lienzo, ya metido en color concluida la figura de la Virgen.

Con su vanidad de hombre célebre llegado a la meta, dictaminó Briviesca en el acto... La técnica, la mancha, la composición, inferior a la suya, pero la protagonista de la obra, la Virgen... ¡Oh! a pesar suyo, a pesar de su soberbia, tuvo que confesárselo en seguida. ¡Aquella era

la expresión supraterránea, celestial, inefable, purísima, que él no encontraba! Y no obstante su humillación, tuvo alientos para ahogar la voz de la envidia, bien que no pudo impedirle algún balbuceo:

—¡Magnífico, chico, magnífico! ¡No te creía capaz de tanto!

III

DESPUÉS de una noche en vela, una noche más de desaliento, salió de su estudio a las siete de la mañana con propósito de ir al Retiro a buscar la calma en el aire libre, y sin saber por qué entró en aquella iglesia en el preciso momento en que daban la comunión en un altar. Allí estaba Rodrigo recibéndola fervorosamente; Rodrigo le vió y se unió con él a la salida.

—Yo también me documenté a lo Murillo—le dijo con sencillez.

Y sólo entonces vió claro Briviesca lo que faltaba en su obra y había en la de Rodrigo. Su cuadro era el de un profesional, pero también el de un excéptico, o por lo menos el de un indiferente; el de su amigo era el de un pintor, pero el de un creyente además.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

